



Con el crecimiento de la ciudad el mercado semanal ha pagado repetidamente tributo a la vida itinerante. El negocio del tenderete nómada es duro y soporta todos los soles. La misma mano, tendida para ofrecer, ha servido para pedir el espacio donde asentarse y el aire de tostarse. Porque la vida de nuestros sábados se nos podría volver demasiado frágil o demasiado pronta para el derribo

(Fotos: archivo del autor)

Postal gerundense

El mercado y el paso del tiempo

Quando los tratados de geografía incluyen el mercado semanal de Gerona entre los seis más concurridos que se celebran en la región, algo tendrá de netamente importante. Cuando en el mapa de las concurrencias al mercado de nuestra ciudad se puede observar que hasta Canet de Mar llegaba la influencia del mismo, hay que pensar que un mercado como institución muy vinculada a la vida socioeconómica de los pueblos es un hecho auténtico, cálido y dignísimo de ser guardado.

Desde tiempo inmemorial fueron surgiendo entre los hombres las necesidades del intercambio de materias. Parece ser que en el siglo IX aparecieron en la Catalunya Vella nuestros primeros mercados aunque no en las ciudades precisamente sino a la sombra de algunos monasterios y de ciertos cruces de caminos importantes; era la salida natural de los productos artesanos de la época y de los artículos que en una primitiva manufactura eran extraídos o elaborados en determinadas comarcas. De las poblaciones de la futura «Costa Brava» salía el coral; Cardona ya vendía sal de sus minas, incipientes; las fargas de los pueblos pre-pirenaicos querían vender su producción, y así serían muchas las comarcas y muchos los sectores a quienes les urgía vender. Verdaderos precursores de la ciencia del marketing.

Jordi DALMAU

Nuestra ciudad, cruce de caminos, llano bien comunicado, vio nacer uno de los que forman el centenar de mercados de Catalunya. Con Reus, Vic, Lérida, Figueras y Granollers ostentamos los primeros puestos, admitido un vaivén en la importancia de tales mercados, por muchos conceptos difícil de centimetrar. El mercado de Gerona no es del tipo que podríamos llamar especializado, como lo son el de Reus para transacciones de avellana y otros frutos secos, el de Lérida para la fruta, grano y paja, el de Vic para ganado porcino y patatas. El mercado de los sábados en Gerona no tiene especialidad alguna. Es difícil opinar si ello es una ventaja o un inconveniente, en beneficio de la supervivencia del mercado, mirando hacia su productividad. No sabemos a ciencia cierta si una institución como es el mercado, tan vital a la hora de actuar de regulador de precios, tan milenariamente arraigado a la vida catalana, no sabemos si tiene todos los defensores que debería tener y todos los promotores que necesitaría cuando pasa una época de crisis. Ciertamente que hay unos miles de amas de casa, unos incontables concurrentes al mercado, unos infatigables ordenadores de su tráfico rodado, para quienes el mercado es una parte de su vida semanal; Gerona en sábado tiene una cierta «psicosis de mercado», pero algún observador imparcial a veces afirma que hay el peligro de que sea solamente eso, una psicosis. Esa cuestión de la importancia, de la disminución o del aumento del mercado semanal de Gerona es para ser tratada muy extensamente y desde muchos puntos, menos desde la rutina.

Hoy, aquí, sólo vamos a recordar el aspecto folklórico de la mano del más agudo observador que ha tenido el mercado: Gerión, desde su inolvidable «Angulo de la ciudad». El paso del tiempo — un cuarto de siglo ya nos separa de aquella antología periodística — nos dirá a la vez en qué aspectos ha evolucionado nuestro mercado gerundense. Corrían los tiempos en que, nos cuenta Gerión, era «una visión exhuberante la gran cantidad de coliflor que en la plaza de San Agustín se amontonaba». Y señalaba que los viernes por la noche muchos tratantes y mercaderes estaban ya pernoctando en Gerona. Probablemente este último detalle habrá sido superado por la concurrencia que, con el aumento del parque de vehículos provincial, realizarán el desplazamiento a la ciudad los sábados por la mañana, madrugando. El negocio hotelero, en la noche del viernes, habrá mermado en actividad.

Totalmente superado está el carro al que 28 años atrás Gerión llamaba «una especie de tren mixto que transporta mercancías, ganado y personas en amigable compañía». Para el cronista de la ciudad «los carros son un exponente del progreso de nuestras comarcas pues su uso indi-

ca que la red de comunicaciones es tupida y extensa». Entiéndase, para carros, y en el año 1943.

Era el tiempo, aquellos años 40, de los charlatanes en el mercado, los hombres que «con sus prédicas obran algo así como un milagro: lograr que el payés se apee de su innata desconfianza para soltar unas pesetas por un chisme que no tiene otra garantía que los escarceos oratorios mirabolantes de un desconocido». Pero salvando bondadosamente el oficio, Gerión se replicaba a sí mismo el próximo sábado: ...«es difícil que un charlatán se haga rico y que se asegure una vejez pasable». Aquí, en este último aserto residiría la razón de que fuera desapareciendo de nuestro mercado la figura del charlatán, de tan simpática silueta.

El mercado «de ferros vells» es otro aspecto no bien desaparecido, pero sí reducido a unos escasísimos metros cuadrados en la parcelación de los puestos. Era el mercado que, entonces, se visitaba «con auténtico espíritu de urraca». Donde se aprecia mayormente el paso del tiempo es en una apreciación ante el mercado de aves: «Hay unas fechas muy señaladas en que se impone una visita al mercado de «l'aviram»: Navidad, las otras Pascuas, Ferias y otras fiestas repicadas. Claro que cada vez resultan más onerosas esas ritualidades gastronómicas, pero gracias a Dios nuestra ciudad es rica y no son pocos los que de cuando en cuando se permiten alegrar su mesa familiar con el sabroso fruto de los gallineros». Hay Gerión debería escribir sobre la democratización del ave de corral que ha pasado a ser la más asequible de las carnes, por obra de las granjas industrializadas, sin tener que esperar la «fiesta repicada».

Sólo pocos años antes de su muerte, el Dr. Bolós fue testigo y cronista del cambio que se estaba operando en el mercado semanal. En un «Angulo» con un título expresamente explosivo «Sangre y petróleo» escribía sobre la mecanización del campo: «una competición entre la fuerza de la sangre y la fuerza de los carburantes, entre el animal y la máquina». El contraste, decía él, «casi podríamos calificarlo de cruel; la comparación nos daba cierta tristeza porque esas ventajas van arrebatando la poesía de la vida del campo».

Hemos querido tan sólo auscultar la contemporánea vida del mercado de Gerona, evocando ciertos aspectos cambiados en él; si se quiere son folklóricos, pero son cambios, al fin. Y son, con toda seguridad, reflejo de algún otro cambio muchísimo más profundo que se ha operado en el encuentro humano de cada sábado en Gerona. Es una invitación al estudio formal, que brindamos desde aquí. La continuidad, el auge y el crecimiento del mercado gerundense tal vez se sentirían mejor y más afianzados.